

Duelo de Guimaraes Rosa

Ma. Eugenia Cossío

El argumento de uno de los cuentos de Guimaraes Rosa es solamente el lazo de unión de los personajes.* La venganza simboliza la barbarie, ya sea como escenario (selva), ya sea como modo de vida (salvajismo), ya sea como visión del mundo (caos), y representa el vértice donde se reúne todo lo que forma el cuento.

El clímax de la obra no es, sin embargo, este vértice o punto de unión, porque la venganza al ser dual, anula la muerte de Casiano con la de Toribio, sino que es en esta misma e incesante dualidad, en esas líneas aparentemente paralelas pero que siempre convergen, donde reside la mayor intensidad del cuento.

La dualidad la encontramos en la trama de la obra que fluctúa entre los dos personajes centrales, alternándolos; la encontramos en la "barbarie" (escenario, modo de vida, visión del mundo) y en el lenguaje eminentemente culto "civilizado" contrastante con ella; también la hallamos en el paisaje y en el estado de ánimo siempre asimilado a éste, de algunos de los personajes. Siempre dos cosas distintas aparentemente, que se funden.

El cuento nos es descrito por un narrador impersonal que nos habla en un tono irónico, trascendente y burlón, con una gran agudeza sensorial y que cuenta con un gran vocabulario. Es irónico y burlón porque los hechos que nos presenta son absurdos, pero nos los hace ver lógicos por la manera como nos los va contando y describiendo. De ahí nace la burla que lo envuelve y nos envuelve.

Con cuatro adjetivos nos describe al primer personaje, Toribio, y lo hace por dentro y por fuera: "papudo, vagabundo, vengativo y malo". El personaje se conservará siempre dentro de estas características. Con la simple reiteración de una de ellas, "papudo" volverá a darnos, en el momento adecuado, toda la visión panorámica y constante de este desagradable talabartero que, hasta el momento de su muerte, se comporta siguiendo la misma línea de conducta.

La personalidad de Casiano no está tan tajantemente definida, sus acciones son las que muestran la personalidad y la trayectoria.

* Guimaraes Rosa Joao: "Duelo", en *Crónicas de Latinoamérica*, Buenos Aires, Ed. Jorge Álvarez, 1968.

Este aliento abarca todo el libro, y se expresa en "Al idioma alemán", "Al triste", "Tankas".

No haber caído,
como otros de mi sangre,
en la batalla.
Ser en la vana noche
el que cuenta las sílabas.

Borges alude a la guerra en muchos poemas con la misma fuerza y limpieza que en su tiempo Francisco de Quevedo. Siempre me ha resultado inexplicable, por ello, que Borges no haya celebrado al poeta normando Taillefer, que acompañó a Guillermo el Bastardo en la invasión de Inglaterra. Borges refiere la anécdota de Harold, hijo de Godwin, cuando ofreció a Harold Hardrada seis pies de tierra inglesa y, ya que era tan alto, uno más, según aparece en la Heimskringla, Le Snorri Sturluson. Veinte días después de ese hecho, los ejércitos del rey Harold y de Guillermo el Bastardo se enfrentaron en la colina de Senlac, y a la cabeza del ejército invasor el poeta Taillefer galopó cantando enardecido una canción de gesta normanda; llegó a las líneas inglesas para dar el primer golpe de la batalla, mató a un soldado inglés y murió ahí, entre los enemigos.

Hay también en el libro la expresión de los márgenes del hombre, la poesía que incursiona en el pensamiento íntimo.

Defiéndeme, Señor, del impaciente
apetito de ser mármol y olvido;
defiéndeme de ser el que ya he sido,
el que ya he sido irreparablemente.
No de la espada o de la roja lanza
defiéndeme, sino de la esperanza.

Hay en este libro un clasicismo que me aterra, el clasicismo de una obra para la cual existe aun su autor, viviente, en unas calles de Buenos Aires que no conozco, en los barrios de Palermo, de la Recoleta, que no conozco, deteniéndose quizá por la memoria de la penumbra de sus ojos ante los sitios en que se volvía a mirar una puerta cancel, una esquina donde el infinito lo acechaba y que hoy sucederá en las calles de su memoria, un hombre más allá de los setenta años, con sus ojos apagados pero en cuyo cuerpo, en cuya voz gastada por los años (o quizá más melodiosa, más humana, no lo he oído tampoco) aún atraviesa una música que es la poesía, la belleza, el orbe cerrado y generoso de esa música que es la literatura, que la literatura ha realizado a través de él, de sus caminatas por Buenos Aires y por los libros, muchos de los cuales no he leído aún pero conozco ya por haberlos recibido de él, por haberme acercado, quizá, al otro Borges, al que atravesó como otro Eneas una biblioteca para entregar un libro a Leopoldo Lugones y que uno de los Borges ha tratado de hallar, de apresar, tomando su parcela de pensamientos y de vida, y que es el Borges que siempre está solo y que sin embargo se reúne con muchos otros, para siempre, entre los cuales está tal vez el que escribe esto.

como a los otros la propicia suerte
o la adversa. En las albas te esperaba
de Londres, en las páginas casuales
de un diccionario de mitología,
en las comunes dádivas del día,
en un rostro, una voz, y en los
mortales
labios de Fanny Brawne. Oh sucesivo
y arrebatado Keats, que el tiempo
ciega,

el alto ruiseñor y la urna griega
serán tu eternidad, oh fugitivo.
Fuiste el fuego. En la pánica memoria
no eres hoy la ceniza. Eres la gloria.

Sus poemas son para penetrar en ellos,
no poseen esa explosión que en otros des-
lumbra engañosamente con luz de juegos,
pirotécnicos y no de profundidad.

El ilusorio ayer es un recinto
de figuras inmóviles de cera
o de reminiscencias literarias
que el tiempo irá perdiendo en sus
espejos.

Erico el Rojo, Carlos Doce, Breno
y esa tarde inasible que fue tuya
son en su eternidad, no en la memo-
ria.

Hay una profundidad en mirar las cosas,
el día, los recuerdos o lo efímero, con la
conciencia despierta y vívida de una epifa-
nia que surge del contorno mismo de los
objetos y nuestra mirada, en la quietud de
un libro caído y polvoriento, en un espejo,
en las líneas del recuerdo y la lectura.

El volumen caído que los otros
ocultan en la hondura del estante
y que los días y las noches cubren
de lento polvo silencioso. . .

El espejo que no repite a nadie
cuando la casa se ha quedado sola. . .

El polvo indescifrable que fue Shakes-
peare. . .

Los remos de Argos, la primera na-
ve. . .

El péndulo que el tiempo ha deteni-
do.

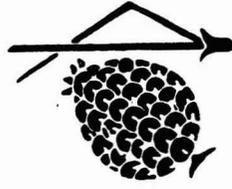
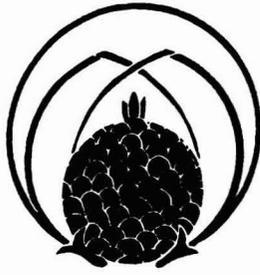
El acero que Odín clavó en el ár-
bol. . .

El eco de los cascos de la carga
de Junín, que de algún eterno modo
no ha cesado y es parte de la trama.
La sombra de Sarmiento en las ace-
ras. . .

. . . Las cosas
que nadie mira, salvo el Dios de
Berkeley.

Advierte también del calor, el fuego del
idioma, la verdad veraz del hombre en la
tierra, con la comprensión verdadera del
idioma.

En cuanto a las influencias que se
advertirán en este volumen. . . En
primer término, los escritores que
prefiero—he nombrado ya a Ro-
bert Browning—; luego, los que he
leído y repito; luego, los que nunca
he leído pero que están en mí.
Un idioma es una tradición, un
modo de sentir la realidad, no un
arbitrario repertorio de símbolos.



ria de este personaje que es "muy" hombre, capaz de un adulterio, vengativo y leal. Hombre que a diferencia del papudo, entremezcla la pasión con el sentimiento. En la cercanía de su muerte piensa en el cielo, y llega a tener una visión trascendente acerca de su existencia. A pesar de que siempre vive en la "barbarie" es más "civilizado" que su enemigo que llega a vivir en la "civilización" pero que siempre será un salvaje por su manera de concebir el mundo.

Lo que es maravilloso es que estos personajes se confunden; perseguido y perseguidor cambian de papeles, y llega un momento, en que no se sabe quién persigue a quién. La venganza es común a ambos y no se sabe tampoco quién tiene la razón. Lo que es obvio es que están encerrados en un círculo ambiental.

... y, si se hubiesen detenido a pensar en el comienzo de esta historia, tal vez cada uno de ellos hubiese dado mucho de su dinero a fin de escapar de ese círculo siniestro, pero eso ya no era cosa para ser pensada ni tampoco para ser hecha.

Y personal porque, como hemos visto, estos seres se complementan siempre. Lo que uno no tiene lo tiene el otro, hay cosas que tienen los dos; además, ambos desean a la misma mujer. Son personajes inmorales porque sus acciones están fuera de un código moral siempre presente en el cuento. Código moral cristiano, nunca dado directamente sino por el mismo tono irónico, por unas cuantas frases expresadas por otros personajes y por el final que es eminentemente moralizante: los dos personajes "malos", "salvajes" mueren; son castigados por una justicia superior que trabaja a través de la enfermedad o por mano misma de un hombre.

Toribio y Casiano formarían juntos una personalidad indestructible, la única capaz de enfrentarse al caos, a la barbarie, por su mismo salvajismo devastador y total. Son dos fuerzas iguales, ambas terribles y destructoras que enfrentadas tienen que acabar por aniquilarse.

Y Casiano Gómez, por tener apenas veintiocho años, resultaba un estratega más fino: venía saltando en complejos retrocesos o en infinitas demoras, pero siempre tejiendo espirales en torno al eje

de la carretera principal. Pero Toribio Todo, siendo más viejo, tenía obligadamente que ser un mejor táctico, y venía en un va-y-no-viene, quebrando la marcha como cuando vuelan las mariposas, o los murciélagos, porque él también se había hecho noctámbulo; pero su verdadera ventaja, montero viejo, era el terreno, que conocía como la palma de sus manos.

Silviana es el lazo de unión entre los dos personajes y el centro de perdición de ambos. A través de una frase repetitiva nos es presentada esta mujer: "Doña Silviana tenía ojos grandes y bonitos, de cabra tonta", esta frase nos da el motivo por el cual ambos hombres pelean. Esta repetición excesivamente buscada y lograda, por el momento y la forma en que está puesta, nos da la imagen de sensualidad y sexualidad indispensable en ese ambiente de barbarie; nos remite también a la visión inmediata del mundo mostrada a través de un sentido práctico común a esta visión y perteneciente a un mundo "civilizado", no mítico (como el mundo primitivo y salvaje que nos es presentado), dándonos así en doña Silviana el contraste entre civilización y barbarie, contraste inexistente porque se funden en este personaje, dando por resultado una vida igual de caótica y salvaje, que la de los demás personajes. En resumen, es una mujer que presenta una visión inmediata del mundo, práctica y sensualista, con un cinismo desconcertante. Un personaje extraordinario y sencillamente amoroso. Un personaje catártico por su indiferencia ante el bien o el mal: lo importante es la posesión del macho y nada más.

El código moral del libro muestra su verdadera tónica en este personaje; cae por sí mismo, ya que es el único ser que siempre es feliz y que no recibe castigo, aquí se muestran la burla y la ironía más totales del cuento.

Hembra y macho, civilización y barbarie, dualidades que se funden en Doña Silviana.

Toribio Todo supo la buena noticia (la muerte de Casiano) por una carta de su mujer que, ahora con mimos y cariños lo reclamaba en el hogar.

El barquero y Timpín son los personajes morales. El primero a manera de Poncio Pilato permanece neutral; a pesar de ello expresa pensamientos de índole moral, jui-

cios duros, sagaces, metafóricos.

¡Hasta siento náuseas de ver tanta falta de vergüenza ensuciando mi balsa!

Timpín es el que posee una moral auténtica a pesar de que mata a Toribio, ya que lo hace por una promesa dada a un muerto "en nombre de Dios" y le dá a éste la oportunidad de que se arrepienta:

¡Vaya rezando, señor Toribio, que yo no quiero su perdición!

Es un personaje leal, humano, "bueno", humilde, que se convierte en el brazo justiciero que castiga al personaje más destructivo.

Pero Timpín está visto con burla, su mismo nombre lo indica, es ridículo en su misma bondad.

Los personajes morales son el puente entre Toribio y Casiano, hasta que llegan a fundirse en la muerte.

Estas frases que los definen y muestran su comportamiento están inmersas en el marco de barbarie, expresado contrastantemente por un lenguaje culto. La barbarie está dada por los personajes, por el paisaje, por la concepción caótica y absurda del mundo, como dice un personaje: "¿No cree que todo esto anda dispuesto de una manera absurda, amigo?"

La adjetivación concretizante, el uso desusado de verbos, la redundancia y la reiteración, van de acuerdo con el tono irónico de la narración y vuelve lógicos los hechos presentados.

Existe, sin embargo, el contraste entre hechos y personajes, con la manera como están expresados. A pesar del empleo de palabras populares, la construcción es difícil.

Hay un juego continuo en el lenguaje que identifica al paisaje con los estados de ánimo de los actores; nos da el paso del tiempo no directamente, sino a través del cansancio de los animales; siempre trasciende los términos concretos queriendo decir más de lo que dice literalmente.

Fue a encontrarla en pleno (con perdón de la palabra, pero la narración es verídica), en pleno adulterio, en el más dulce y descuidado de los idilios fraudulentos.

El lenguaje hace lógico al hecho, éste a su vez lo hace bárbaro "y" duro, pero ninguno de los dos pierde su profunda trascendencia.

Entonces comprendió que había volteado otra calabaza de lenguas y que había seguido acumulando más mundo a sus espaldas.

El lenguaje se funde con el hecho narrado formando un todo perfectamente compacto, altamente expresivo, que nos da esa sensación y ese convencimiento de que no existe una dicotomía entre realidad y mito, civilización y barbarie, sino que es una dualidad que se funde en el absurdo, en el caos.